

El admirable y próspero viaje del venerable maestre Thomas Candish, de Trinley, condado de Suffolk, al Mar del Sur, y desde allí alrededor del mundo, comenzado en el año de 1586 de nuestro Señor y terminado en 1588. Escrito por el maestre Francis Preety, últimamente en Ey, Suffolk, un gentilombre que participó en el viaje.

Localización: *Hakluyt's Voyages*, VIII, Londres, 1927, pp. 206-255.

Transcripción:

Traducida parcialmente en la edición de Ángel Rosenblat (1950): *Viajes al Estrecho de Magallanes*. Buenos Aires: Emecé, pp. 367-372.

PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA

VIAJES AL ESTRECHO DE MAGALLANES

(1579-1584)

Recopilación de sus relaciones sobre los dos viajes al Estrecho y de sus cartas y memoriales. Con un apéndice documental sobre su vida y sus viajes.

EDICIÓN Y NOTAS AL CUIDADO DE ÁNGEL ROSENBLAT

PRÓLOGO DE ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ

Con un Glosario de voces marítimas y antiguas y un Índice alfabético de nombres y materias.

TOMO II

EMECÉ EDITORES, S.A. / BUENOS AIRES

EL ADMIRABLE Y PRÓSPERO VIAJE

Del venerable maestre Thomas Candish, de Trinley, condado de Suffolk, al Mar del Sur, y desde allí alrededor del mundo, comenzado en el año 1586 de Nuestro Señor, y terminado en 1588. Escrito por el maestre Francis Pretty, últimamente en Ey, Suffolk, un gentilhombre que participó en el viaje.

[La armada de Cavendish salió de Plymouth el 21 de julio de 1586 con tres naos: "The Desire", "The Content" y el "Hugh Gallant". Llegó al Estrecho el 6 de enero de 1587. Cuenta Francis Pretty:]

El día 7, entre la boca del Estrecho y su mayor angostura, tomamos un [7 de
español llamado Hernando, que se encontraba allí con otros 23 españoles, enero
último resto de los cuatrocientos españoles dejados allí tres años antes, en de
esos Estrechos de Magallanes; todos los demás habían muerto de hambre. 1587]
Ese mismo día atravesamos la mayor angostura de los Estrechos, donde el
español ya mencionado nos mostró el casco de un pequeño barco, que
pensamos sería el llamado "The John Thomas". Desde la boca del
Estrecho hasta la mayor angostura hay catorce leguas, siguiendo hacia el
oeste y al norte. La boca del Estrecho está a los 52°.

Desde la mayor angostura hasta la Isla de los Pingüinos hay diez leguas
oeste-suroeste, guiñando algo hacia el sur, y allí anclamos el día 8, y
matamos y salamos buena provisión de pingüinos para bastimentos.

El día 9 partimos de la Isla de los Pingüinos y seguimos sur-suroeste
hasta la Ciudad del Rey Felipe que habían edificado los españoles. Esta
ciudad o pueblo tenía cuatro fortines, y cada fortín una pieza de artillería
enterrada en el suelo, con la cureña al lado, descubierta. Las
desenterramos y las tomamos todas. Habían planeado muy bien su ciudad,
y la habían asentado en el mejor lugar del Estrecho por la madera y el
agua; habían construido ellos mismos sus iglesias; tenían leyes muy
severas, pues habían levantado una horca en la que habían colgado a
algunos de sus compañeros. Nos pareció que el único medio de vida que
habían tenido por mucho tiempo había sido moluscos y lapas, porque no
había ninguna otra cosa que pudiera conseguirse, excepto algún venado
que descendía de las montañas hacia las frescas riberas, para beber. Los
españoles que estaban allí habían venido sólo a fortificar los Estrechos,
con el fin de que ninguna nación tuviera paso por ellos al Mar del Sur, salvo

ellos; pero, según parece, esa no fue la voluntad de Dios. Porque durante el tiempo que estuvieron allí, que fueron por lo menos dos años, jamás pudieron tener cosa que creciera o que de cierto modo prosperara. Y, por otra parte, los indios caían a menudo sobre ellos, hasta que sus bastimentos se volvieron tan escasos (las provisiones que habían traído de España estaban consumidas, y no tenían medio de renovarlas) que murieron como perros en sus casas, y vestidos, y así los encontramos a nuestra llegada, hasta que finalmente el pueblo estuvo terriblemente inficionado por el hedor de la gente muerta; los que conservaron la vida se decidieron a enterrar las cosas que tenían allí en el pueblo, bien para provisión o de equipo, y a abandonar el pueblo y seguir por la ribera del mar en busca de algún alimento que les salvara de morir de hambre, sin llevar consigo nada más que el arcabuz y su provisión, el que era capaz de llevarla (algunos no eran capaces de llevarla por su debilidad), y así vivieron por espacio de un año y más con raíces, hojas y en ocasiones algún ave silvestre que lograban matar con sus armas. Finalmente estaban determinados a dirigirse hacia el Río de la Plata, habiendo quedado sólo veintitrés personas, dos de las cuales eran mujeres, como resto de 400 personas. En este lugar recogimos agua y leña, bien y tranquilamente. Nuestro general llamó a esta ciudad Port Famine (Puerto del Hambre): está a 53° sur.

El día 14 partimos de este lugar y seguimos sursuroeste y luego suroeste hasta el cabo Froward, cinco leguas oeste-suroeste; este cabo es el extremo sur de todos los Estrechos y está a 54° de latitud. Desde este cabo seguimos al oeste y al norte 5 leguas y entramos en una bahía o abra por el lado sur, que llamamos Bahía de los Mejillones (Muskle-cove), porque había gran cantidad de ellos: quedamos allí 6 días; el viento aún era oeste.

El día 21 de junio partimos de la Bahía de los Mejillones y seguimos al noroeste y al oeste 10 leguas, hasta una hermosa bahía arenosa del lado norte, que nuestro general llamó Elisabeth Bay, y mientras permanecemos allí aquella noche murió uno de nuestros hombres llamado Gray, de oficio carpintero, y lo enterramos allí en aquella bahía.

El día 22 partimos de la Elisabeth Bay por la tarde, y navegamos unas 2 leguas desde aquel lugar, donde había un río de agua fresca; nuestro general lo recorrió con el bote del barco unas 3 millas. El río estaba rodeado de buenos y agradables campos, de suelo llano y de primera

calidad; no vimos otros iguales en todos los Estrechos, sino rocas escarpadas y cerros y montañas terriblemente altos. En este río hay una gran cantidad de salvajes, a los que vimos y con los cuales hablamos; comían carne humana y se alimentaban únicamente de carne cruda y otros alimentos repugnantes; esta gente había devorado a algunos de los españoles de que hemos hablado. Habían adquirido cuchillos y trozos de espadas para hacer dardos. Usaron todos los medios posibles para atraernos hacia el interior del río, con el propósito de traicionarnos; y habiéndolo sospechado nuestro general, hizo que les disparáramos con nuestros arcabuces, con lo que matamos muchos de ellos. Salimos de este río hacia el canal de San Jerónimo (Chanell of Saint Jerome), que está a dos leguas.

A tres o cuatro leguas del río de San Jerónimo, al oeste, tropezamos con un cabo que está en el lado norte, y desde este cabo hasta la boca de los Estrechos el camino se desvía noroeste y oeste y noroeste. Entre este lugar y la boca de los Estrechos hacia el sur descansamos en un puerto hasta el 23 de febrero, a causa de vientos contrarios y del pésimo tiempo, con tales lluvias y vientos tan tormentosos que bajaban de las montañas y de las sierras altas que amenazaban romper las mejores amarras y anclas que teníamos, las que si hubieran fallado nos hubieran puesto en gran peligro de naufragar, o al menos de perecer de hambre. Durante este tiempo, que fue un mes entero, nos alimentamos casi exclusivamente con moluscos y lapas y pájaros o cosas análogas que podíamos encontrar en la orilla, buscándolos cada día, como lo hacen los pájaros allí donde pueden encontrar alimento, bajo un continuo tiempo lluvioso.

Hay a cada milla o a cada dos millas un puerto, a ambos lados de la tierra. Desde el río de San Jerónimo y la boca de los Estrechos hacia el Mar del Sur se calcula que hay unas 34 leguas. De este modo la longitud total de los Estrechos es de unas 90 leguas. Y la dicha boca de los Estrechos está a la misma altura que la entrada por la cual pasamos desde el Mar del Norte, que está a unos 52 grados y $\frac{2}{3}$ al sur de la línea.

El 24 de febrero entramos en el Mar del Sur, y en la parte sur, saliendo de los Estrechos, hay un cabo bastante alto con una punta baja a su lado; y en la parte norte hay 4 o cinco islas que quedan a 6 leguas de tierra firme, y alrededor terreno muy despedazado y hundido; al mediodía del mismo día estas islas quedaban al este de nosotros, cinco leguas; el

viento era sur.

El primero de marzo nos tomó una tormenta del norte; esa noche los barcos perdieron la conserva del Hugh Gallant, estando a 49½ y 45 leguas de la tierra. Esta tormenta continuó 3 o 4 días, y a nosotros en el Hugh Gallant, separados de los otros dos barcos, nos parecía a cada momento que nos hundíamos, pues nuestro barco hacía agua y estábamos tan debilitados sacando el agua que no dormimos en tres días y tres noches.

El 15 de marzo en la mañana el Hugh Gallant llegó entre la isla de Santa María (Island of Saint Mary) y la tierra firme, donde encontró a la nave almiranta y al "Content", que habían ido 2 días a la isla llamada La Mocha, que está en los 38 grados de latitud sur; en donde algunos de nuestros hombres desembarcaron con el bote de la vicealmiranta y los indios lucharon con ellos con sus arcos y flechas, y quedaron extraordinariamente maravillados de sus arcabuces. Estos indios eran enemigos de los españoles y pertenecían a un gran lugar llamado Arauco y nos tomaron por españoles, como supimos después.

Este lugar llamado Arauco es maravillosamente rico y lleno de minas de oro, y aun no pudo en ningún momento ser subyugado por los españoles, que se vuelven siempre con la mayor pérdida de hombres. Porque estos indios son sorprendentemente desprendidos de sus vidas para ofrecerlas por su propia libertad.

El día 15 ya mencionado, en la tarde, levamos anclas y recorrimos el lado oeste de la isla de Santa María, donde navegamos muy bien con 6 brazas y con muy buen fondo toda la noche.

El día 16 nuestro general fue en persona con 70 u 80 hombres, cada uno con su armamento; vinieron hacia nosotros ciertos indios, con dos que eran los principales de la isla, a darnos la bienvenida en la orilla, pensando que éramos españoles, porque está sometida a ellos; los cuales nos llevaron a un lugar donde los españoles habían levantado una iglesia con cruces y altares. Había cerca de esta iglesia dos o tres depósitos que estaban llenos de trigo y cebada ya trillada y puesta en canastas de paja, en cantidad de un "bushel" de maíz en cada canasta. El trigo y la cebada eran tan hermosos, limpios, y en todos sentidos tan buenos como el mejor de los que tenemos en Inglaterra. Había también cestas llenas de patatas ("potatoes roots") que eran muy buenas de comer, preparadas para los españoles que deberían venir por el tributo. Esta isla tenía gran variedad

de frutas, puercos y gallinas. Estos indios están en tal esclavitud que no se atreven a comer una gallina o un puerco. Pero los españoles en esta isla los han hecho a todos cristianos. Nos proveímos aquí con tanto maíz como necesitábamos y tantos puercos como hubo sal para salarlos y gran cantidad de gallinas y unos cuantos sacos de patatas y sobre 500 cazones secos y trigo de Guinea que llaman *maíz*. Y habiendo tomado todo lo que necesitábamos, aún dejamos allí una asombrosa cantidad. Nuestro general llevó a bordo a los principales de la isla y los agasajó mucho y los alegró con vino; y al final, dándose ellos cuenta de que no éramos españoles, hicieron señas, desde tan cerca que nuestro general pudo percibir las, de que si volvíamos a tierra, a Arauco, que había mucho oro y que tendríamos gran provisión de riquezas. Pero como no podíamos entenderles, nuestro general nos dio prisa y en dos o tres días nos preparamos.

El 18 en la mañana partimos de este lugar, y recorrimos todo este día nornoreste unas 10 leguas, y en la noche descansamos con una pequeña vela frente a la costa.

El 19 corrimos este-noreste por la costa y encontramos un lugar llamado La Concepción, donde anclamos en una isla, y salimos a la mañana siguiente sin ir a tierra.

El 20 salimos de La Concepción y fuimos a una bahía pequeña, arenosa, donde vimos agua fresca y ganado, pero no nos detuvimos.

El 30 llegamos a la bahía de Quintero, que está en los 33 grados y 50 minutos.

El dicho día, después de anclar en la bahía, vimos a un paisano o un hombre que cuida el ganado que dormía en la colina, el cual cuando despertó vio los tres barcos que habían llegado a la bahía, y antes de que pudiéramos llegar a la orilla tomó un caballo que estaba pastando por allí y se fue con tanta prisa como pudo; nuestro general, con treinta hombres, fue a tierra. No llevaba una hora allí cuando vinieron hacia nosotros tres jinetes con espadas relucientes tan veloces como pudieron hasta que llegaron a unos veinte o treinta pasos de nosotros. Allí se pararon y no se acercaron más; entonces nuestro general mandó hacia ellos a dos de nuestros hombres con sus arcabuces, y con Fernando, que era el español que habíamos tomado en la boca de los Estrechos, uno de los cuatrocientos que estuvieron allí pereciendo de hambre. Los españoles no

consintieron que se les acercaran nuestros hombres con sus armas, e hicieron señales de que se les acercara sólo uno de nuestros hombres; el dicho Fernando, el español, se adelantó, y nuestros dos hombres quedaron no lejos de ellos. Sostuvieron larga conversación, y al final vino Fernando y dijo a nuestro general que les había pedido bastimentos, y que ellos habían prometido darnos lo que necesitásemos. Nuestro general lo volvió a mandar con otro recado y un arcabucero con él; al acercárseles, ellos no admitieron de nuevo más que a uno, por lo que los nuestros dejaron al español ir solo; el cual, estando a buena distancia de los nuestros, estuvo solo un momento con los españoles, y entonces el dicho Fernando brincó detrás de uno de ellos y se escapó con ellos, a pesar de todos los astutos e infames juramentos que había hecho continuamente a nuestro general y a la tripulación de no desertar nunca y antes morir a su lado que ser falso. Nuestro general, viendo cómo le habían tratado, cargó agua todo el día con mucha vigilancia, y por la noche decidió que al día siguiente fuéramos tierra adentro a buscar la ciudad, tomar botín e incendiarla si podíamos encontrarla.

El último día de marzo el capitán Havers se adentró en el campo con 50 o 60 hombres armados, y anduvimos 7 u 8 millas por el país, y mientras caminábamos vimos unos rebaños de vacas y bueyes completamente salvajes; vimos también gran cantidad de caballos, yeguas y potros salvajes e indómitos; hay también gran cantidad de liebres y conejos, y muchas perdices y otras aves silvestres. El país es muy fértil, con hermosos ríos, lleno de animales salvajes de todas clases. Habiendo llegado hasta donde no se podía seguir más adelante, debido a las montañas, monstruosamente altas, descansamos a orillas de un hermoso río que corría entre los prados al pie de las montañas, donde todos nuestros hombres bebieron y se refrescaron. Regresamos después al barco por el camino por donde pensamos que era más probable que estuviera la ciudad; de esta manera anduvimos todo el día sin encontrar hombre alguno, y sí muchos perros salvajes; sin embargo había 200 jinetes afuera ese mismo día, porque el español que nos habían tomado el día antes les había dicho que nosotros éramos muy débiles y teníamos sólo una pequeña fuerza, lo que les hizo acecharnos ese día, pero sin atreverse a atacarnos. Marchamos en formación de batalla, observando buen orden; parecíamos muchos más de los que éramos, hasta que

llegamos de nuevo al barco esa noche.

El día siguiente, primero de abril de 1587, desembarcaron nuestros hombres a buscar agua a un pozo que estaba a un cuarto de milla de la costa; y estando trabajando duramente desde temprano, no acababan su labor. En el entretanto bajaron de las colinas casi doscientos jinetes, y antes de que los nuestros pudieran volver del lugar donde estaban trabajando, doce de ellos fueron aislados: una parte fueron muertos, una parte tomados prisioneros y el resto fue rescatado por nuestros soldados, que vinieron de las rocas a encontrarse con ellos, los cuales, con ser solamente quince los que teníamos algunas armas defensivas, hicimos finalmente retirarse al enemigo, con la pérdida de 24 de sus hombres, después de una escaramuza de una hora.

Los nombres de los nuestros que murieron allí son los siguientes:

Thomas Lucas, de Londres, soldado	}	De la Almiranta
Richard Wheeler, de Londres		
Robert Pitcher, de Norfolk, soldado		
John Langston, de Gloucestershire		
William Kingman, de Dorsetshire, soldado		
William Hilles, de Cornwall		
1. William Byet, de Weymouth	}	Muertos de la Vicealmiranta
2. Laurence Gamesby, de Newcastle		
1. Henry Blackenals, de Weymouth	}	Muertos del Hugh Galant
2. William Stevens, de Plymouth, artillero		
3. William Pitte, de Shereborne, en Dorsetshire		
4. Humphrey Derricke, de Londres		

Después de esta pérdida, proseguimos nuestra tarea, y a pesar de los enemigos seguimos tomando agua con buena vigilancia, hasta el día 5 del dicho mes.

El día cinco salimos de la Bahía de Quintero.